

COZY MYSTERY

JOANNE FLUKE

UNAS GALLETAS DE MUERTE



Asesinato
recién
homeado

COZY MYSTERY

UNAS GALLETAS DE MUERTE

ALMA

COZY MYSTERY

JOANNE FLUKE

UNAS GALLETAS DE MUERTE

Una novela de misterio de
Hannah Swensen

ALMA

ÍNDICE DE RECETAS



**GALLETAS CRUJIENTES CON PEPITAS
DE CHOCOLATE**

37

GALLETAS DE JENGIBRE ESTILO REGENCIA

110

BOCADOS DE NUECES PECANAS

135

BLANCAS Y NEGRAS

188

DELICIAS DE CEREZA BAÑADAS EN CHOCOLATE

261

GALLETAS DULCES A LA ANTIGUA

276

BARRITAS DE LIMÓN

369



CAPÍTULO UNO



Hannah Swensen se puso la vieja cazadora de cuero que había recuperado de la tienda de beneficencia de ropa de segunda mano Helping Hands y se agachó para tomar en brazos al inmenso gato macho naranja que se frotaba contra sus tobillos.

—Muy bien, Moishe. Puedes repetir una vez, pero te tiene que durar hasta la noche.

Mientras llevaba a Moishe a la cocina y lo dejaba junto a su cuenco de comida, Hannah recordó el día que el gato había acampado delante de la puerta de su apartamento. Tenía una visible mala pinta, con el pelaje apelmazado y mugriento, y ella lo metió en casa inmediatamente. ¿Quién iba a adoptar a un gato de casi doce kilos, medio ciego, con una oreja desgarrada? Hannah le había puesto el nombre de Moishe, y aunque ciertamente no habría ganado ningún premio en el Club de Amantes de los Gatos de Lake Eden, se había establecido un vínculo instantáneo entre ambos. Los dos estaban curtidos en la lucha: Hannah por los enfrentamientos semanales con su madre y Moishe por su dura vida en las calles.

Moishe gruñó satisfecho mientras Hannah le llenaba el cuenco. Parecía debidamente agradecido por no tener que mendigar ya comida ni refugio y mostraba su agradecimiento de incontables formas. Esa misma mañana, Hannah había encontrado los cuartos traseros de un ratón en el centro de la mesa de la cocina, al lado de la mustia violeta africana que siempre se olvidaba de regar. Mientras que la mayoría de sus contemporáneas femeninas habría llamado a gritos a su marido para que quitara de en medio aquella repugnante visión, Hannah había agarrado el cadáver por la cola y elogiado profusamente a Moishe por mantener su apartamento sin roedores.

—Nos vemos por la noche, Moishe. —Hannah le dio una cariñosa palmada al gato y recogió las llaves de su coche. Estaba poniéndose los guantes de cuero, preparándose para salir, cuando sonó el teléfono.

Hannah miró el reloj de pared con forma de manzana que había encontrado en un mercadillo de segunda mano. Solo eran las seis de la mañana. Su madre no la llamaría tan temprano, ¿no?

Moishe levantó la vista de su cuenco con una expresión que Hannah interpretó como comprensiva. A él no le caía bien Delores Swensen y no hacía el menor esfuerzo por ocultar sus sentimientos cuando ella se presentaba en casa para una visita sorpresa al piso de su hija. Después de que le destrozara varios pares de medias, Delores había concluido que limitaría sus relaciones con el gato a las cenas madre-hija de los martes por la noche.

Hannah descolgó el teléfono, interrumpiendo el mensaje del contestador a la mitad, y suspiró al oír la voz de su madre:

—Hola, mamá. Estoy a punto de salir por la puerta, así que sé breve. Ya llego tarde al trabajo.

Moishe levantó la cola y la meneó, señalando con el trasero al teléfono. Hannah ahogó unas risitas ante las payasadas del gato y le hizo un guiño cómplice.

—No, mamá, no le di a Norman mi número de teléfono. Si quiere ponerse en contacto conmigo, tendrá que buscarlo.

Hannah frunció el ceño mientras su madre se extendía en su habitual letanía sobre la forma adecuada de atraer a un hombre. La cena de la noche anterior había sido un desastre. Cuando había llegado a casa de su madre, Hannah se había encontrado con dos invitados adicionales: su vecina y reciente viuda, la señora Carrie Rhodes, y el hijo de esta, Norman. Hannah se había visto obligada a mantener una conversación amable con Norman ante un empalagosamente dulzón estofado hawaiano y un pastel de nueces cubierto de chocolate del súper Red Owl mientras sus respectivas madres sonreían alegremente y comentaban la buena pareja que hacían.

—Escucha, mamá, de verdad, tengo que... —Hannah se calló y alzó la vista al techo, con los ojos en blanco. Una vez Delores se ponía a hablar de un tema que le interesara, era imposible meter baza. Su madre creía que una mujer que se acercaba a los treinta debía estar casada, y aunque Hannah había argumentado que le gustaba su vida tal como era, no había podido evitar que Delores le presentara a todo hombre soltero, viudo o divorciado que había puesto el pie en Lake Eden.

—Sí, mamá, Norman parece muy agradable, pero... —Hannah hizo una mueca mientras su madre seguía hablando con entusiasmo de las buenas cualidades de Norman. ¿Qué habría hecho pensar a Delores que su hija mayor podía interesarse por un dentista al que ya le raleaba el pelo, bastantes años mayor que ella, cuyo tema favorito de conversación era la piorrea?—. Perdona, mamá, pero llego tarde y...

Moishe pareció darse cuenta de que su ama estaba frustrada porque estiró una pata naranja y volcó su cuenco de comida. Hannah lo miró fijamente, sorprendida por un instante, y luego esbozó una sonrisa.

—Tengo que irme corriendo, mamá. Moishe acaba de volcar su cuenco de comida y ahora tengo Meow Mix esparcida por todo el suelo. —Hannah interrumpió los comentarios de su madre sobre los posibles de Norman y colgó, dejándola con la palabra en la boca. Entonces recogió con la escoba la comida del gato, la tiró a la basura y llenó el cuenco con más comida para Moishe. Añadió un par de golosinas para gatos, la recompensa de Moishe por ser tan listo, y lo dejó masticando satisfecho mientras ella salía a toda prisa por la puerta.

Hannah bajó corriendo las escaleras hasta el garaje subterráneo, abrió la puerta de su camioneta y se colocó de un salto tras el volante. Cuando abrió su negocio se compró una Chevy Suburban de segunda mano del concesionario de Cyril Murphy. La había pintado de un rojo manzana, un color que sin duda llamaría la atención dondequiera que aparcara el vehículo, e hizo que le pintaran el nombre de su negocio —The Cookie Jar, «el tarro de galletas»— en letras doradas en las puertas delanteras. Incluso encargó una matrícula personalizada que rezaba: «COOKIES».

Mientras Hannah conducía por la rampa que llevaba a la calle, se encontró con su vecino de abajo, que volvía a casa. Phil Plotnik trabajaba en el turno de noche en DelRay Manufacturing, y Hannah bajó la ventanilla para avisarle de que les cortarían el agua entre las diez de la mañana y mediodía. Luego empleó su tarjeta de acceso para salir del recinto y giró hacia el norte para tomar la Old Lake Road.

La interestatal atravesaba Lake Eden, pero la mayoría de los vecinos utilizaba la Old Lake Road para ir a la ciudad. Era una ruta

pintoresca, que serpenteaba alrededor del lago Eden. Cuando llegaban los turistas en verano, algunos de ellos se confundían con los nombres. Hannah siempre lo explicaba con una sonrisa cuando le preguntaban. En inglés, el lago se llamaba «Eden Lake» y el pueblo enclavado en su orilla, «Lake Eden».

Esa mañana hacía un fresco que rayaba en el frío, nada raro para una tercera semana de octubre. El otoño era breve en Minnesota: unas cuantas semanas de hojas que iban cambiando de color y que hacían que todo el mundo tomase fotografías de los rojos intensos, los chillones naranjas y los brillantes amarillos. Después de que hubiera caído la última hoja, dejando las ramas peladas y desnudas recortándose contra los cielos plomizos, los fríos vientos del norte empezaban a soplar. Luego llegaba la primera nevada para alegría de los niños y los suspiros estoicos de los adultos. Aunque deslizarse en trineo, patinar sobre hielo y lanzarse bolas de nieve podía ser divertido para los pequeños, el invierno también significaba que había que quitar a paladas montones de nieve, que te quedabas prácticamente aislado cuando el estado de las carreteras empeoraba y que las temperaturas caían con frecuencia a los treinta y cinco o incluso los cuarenta bajo cero.

Los visitantes veraniegos habían dejado el lago Eden justo después del fin de semana del Día del Trabajo (el primer lunes de septiembre) y habían regresado a sus acogedores hogares invernales en las ciudades. Sus cabañas a la orilla del lago quedaban vacías, con las cañerías protegidas con aislante para impedir que se congelaran en las temperaturas invernales bajo cero y con las ventanas selladas con tablones contra los vientos gélidos que llegaban desde la superficie helada del lago. Ahora solo residían los vecinos; y la población de Lake Eden, que casi se cuadruplicaba en los meses de verano, disminuía a menos de tres mil habitantes.

Mientras se demoraba en el semáforo entre Old Lake Road y Dairy Avenue, Hannah contempló una imagen familiar. Ron LaSalle estaba junto a la zona de carga de la lechería, Cozy Cow Dairy, cargando la furgoneta para emprender su ruta comercial. A esa hora de la mañana, Ron ya había acabado de repartir los productos lácteos a los vecinos particulares, colocando la leche, nata y huevos en las cajas isotérmicas que la lechería proporcionaba. Las cajas eran una necesidad en Minnesota. Mantenían el contenido fresco en verano y evitaban que se congelara en invierno.

Ron apoyaba la mandíbula en la mano ahuecada y tenía un aire pensativo, como si estuviera reflexionando sobre cosas más serias que los pedidos que todavía le quedaban por repartir. Hannah lo vería más tarde, cuando le entregara sus propios encargos, así que tomó nota mental para preguntarle en qué estaba pensando. Ron se enorgullecía de su puntualidad y la furgoneta de Cozy Cow frenaría ante la puerta trasera de Hannah a las siete y treinta y cinco en punto. Después de que Ron le entregara su pedido diario, entraría en la cafetería para tomarse un café rápido y una galleta caliente. Hannah volvería a verlo a las tres de la tarde, cuando él hubiera acabado sus rutas de reparto. Sería entonces cuando recogería su pedido fijo, una docena de galletas. Ron las dejaba en su camioneta por la noche para tener galletas para desayunar a la mañana siguiente.

Ron levantó la mirada, la vio en el semáforo y alzó una mano a modo de saludo. Hannah tocó el claxon mientras el semáforo se ponía en verde y ella reemprendía su camino. Con su pelo oscuro y ondulado y su cuerpo musculado, Ron era ciertamente un regalo para la vista. La hermana pequeña de Hannah, Michelle, juraba que Ron era tan atractivo como Tom Cruise y se había desvivido por salir con él cuando iba al instituto. Incluso ahora,

cuando Michelle volvía a casa del Macalester College, siempre preguntaba por Ron.

Tres años atrás, todo el mundo esperaba que el *quarterback* estrella de los Lake Eden Gulls fuera seleccionado para las ligas profesionales, pero Ron se rompió un ligamento en el partido final de su carrera en el instituto, poniendo fin a sus esperanzas de hacerse un hueco en los Minnesota Vikings. Había veces que Ron le daba pena a Hannah. Estaba segura de que conducir una furgoneta de reparto de Cozy Cow no era el glorioso futuro que él había imaginado para sí mismo. Pero Ron seguía siendo un héroe local. En Lake Eden todos recordaban su espléndido *touchdown* que les había dado la victoria en los campeonatos estatales. El trofeo que había ganado se exhibía en una vitrina en el instituto y él se había presentado voluntario como entrenador ayudante sin cobrar en los Lake Eden Gulls. Tal vez era mejor ser un pez gordo en un pequeño estanque que un *quarterback* de tercera que calentaba el banquillo de los Vikings.

No había nadie más por las calles tan temprano, pero Hannah se aseguró de que el velocímetro marcara por debajo del límite de cuarenta kilómetros por hora. Herb Beeseman, el policía local, era conocido por estar al acecho de residentes despistados que sentían la tentación de pisar el acelerador con demasiada fuerza. Aunque Hannah nunca había recibido una de las multas por exceso de velocidad de Herb, su madre todavía se enfurecía al recordar la multa que le había impuesto el hijo pequeño de Marge Beeseman.

Hannah giró en la esquina de Main con la Cuarta y condujo hasta el callejón que había detrás de su tienda. El blanco edificio cuadrado tenía dos plazas de aparcamiento, y Hannah metió su camioneta en una de ellas. No se molestó en desenrollar el cable que llevaba envuelto alrededor del parachoques delantero y

enchufarlo en la hilera de enchufes que había en la parte posterior del edificio. El sol brillaba y el locutor de la radio había prometido que las temperaturas alcanzarían casi los diez grados hoy. No tendría necesidad de utilizar el calentador eléctrico de arranque durante algunas semanas más, pero cuando llegara el invierno y el mercurio bajara de cero, tendría que asegurarse de que su motor se ponía en marcha.

Tras abrir la puerta y apearse de su Suburban, Hannah lo cerró con cuidado tras de sí. No había muchos delitos en Lake Eden, pero Herb Beeseman también ponía multas a todo vehículo que encontrara aparcado sin cerrar. Antes de cubrir la distancia hasta la puerta trasera de la repostería, Claire Rodgers apareció en su pequeño Toyota azul y aparcó detrás del edificio marrón que había junto al establecimiento de Hannah.

Hannah se paró y esperó a que Claire se bajara del coche. Le caía bien Claire y no se creía los rumores que corrían por la ciudad sobre su lío con el alcalde.

—Hola, Claire. Hoy has venido temprano.

—Acabo de recibir un nuevo encargo de vestidos de noche y hay que ponerles los precios. —El rostro de Claire, de una belleza clásica, se iluminó con una sonrisa—. Las vacaciones se acercan, ya lo sabes.

Hannah asintió. No es que se muriera de ganas por celebrar Acción de Gracias y la Navidad con su madre y sus hermanas, pero era un mal trago que había que pasar en aras de la paz familiar.

—Tendrías que pasarte por aquí, Hannah. —Claire la evaluó con la mirada, fijándose en la cazadora que había vivido mejores tiempos y el viejo gorro de lana que Hannah se había echado sobre sus encrespados rizos rojizos—. Tengo un maravilloso vestido de cóctel negro que te sentaría de maravilla.

Hannah sonrió y asintió, pero tuvo que poner todo su empeño para no echarse a reír mientras Claire abría la puerta trasera de Beau Monde Fashions y entraba. ¿Dónde iba a llevar un vestido de cóctel en Lake Eden? Ahí nadie daba cócteles y el único restaurante de categoría en el pueblo había cerrado en cuanto se fueron los turistas. Hannah no recordaba la última vez que había acudido a una cena elegante. Y, ya puestos, tampoco recordaba la última vez que alguien la había invitado a salir en una cita.

Hannah abrió la cerradura de la puerta de atrás y la empujó. La recibió el olor dulce a canela y melaza y empezó a sonreír. La noche anterior había mezclado varias hornadas de masa para galletas y el aroma todavía perduraba. Encendió la luz dándole al interruptor, colgó la cazadora en el gancho que había junto a la puerta y prendió las dos estufas de gas industriales que se apoyaban en la pared del fondo. Su ayudante, Lisa Herman, llegaría a las siete y media para empezar el horneado.

La media hora siguiente pasó rápido mientras Hannah picaba, fundía, medía y mezclaba ingredientes. Mediante el método de prueba y error, había descubierto que sus galletas tenían mejor sabor si se limitaba a hornadas que podía mezclar a mano. Sus recetas eran originales, las había creado en la cocina de su madre cuando solo era una adolescente. Delores pensaba que hornear era un trabajo pesado y le había encantado delegar esa tarea en su hija mayor, de manera que así podía dedicar todas sus energías a coleccionar antigüedades.

A las siete y diez, Hannah llevó el último cuenco de masa de galleta a la cámara frigorífica y apiló los utensilios que utilizaba en su lavaplatos de tamaño industrial. Colgó su delantal de trabajo, se quitó el gorro de papel que usaba para taparse los rizos y se dirigió a la cafetería para empezar con el café.

COZY MYSTERY

CRÍMENES CON MUCHO ENCANTO



EL ESCENARIO DE UN
CRIMEN NUNCA HA SIDO
TAN ACOGEDOR COMO EN
COZY MYSTERY, EL IMPARABLE
FENÓMENO LITERARIO QUE
NOS MUESTRA LA CARA MÁS
AMABLE DE LA NOVELA
NEGRA.

¿TE HA GUSTADO ESTE LIBRO?

TE INVITAMOS A CONTINUAR TU
LECTURA Y ENTRAR EN EL INTRIGANTE Y
ACOGEDOR MUNDO DE LOS

COZY MYSTERY

Dónde comprar

DESCUBRE TODAS NUESTRAS COLECCIONES EN:

www.editorialalma.com

Únete a nuestra comunidad
de lectores y amantes de la literatura.



@almaeditorial